

## **Funeral del P. Agustín Romero**

(4.SEP.2024)

Es curioso como a lo largo de nuestra existencia tenemos algunas experiencias muy fuertes donde parece juntarse la muerte y la vida, el dolor y el placer, la tristeza y la alegría. Uno de esos momentos es nuestro nacimiento, donde una etapa se cierra y otra se abre. Salimos del seno materno entre dolores y gritos, y todo se transforma en gozo y alegría; dejamos de respirar a través de otro para empezarlo a hacer por nosotros mismos. Algo de eso sucede también en el momento de la muerte. Un momento de dolor por lo que se deja, pero que nos abre a una vida nueva llena de gozo y alegría, pues los cristianos creemos que la muerte no es un final, sino la puerta que nos adentra en la plenitud de una vida que no tiene fin.

Hoy celebramos este paso en nuestro querido hermano el P. Agustín. Él todavía es uno de los ejemplos que nos quedan de hermanos que entraron de niños en la vida consagrada y se han mantenido con una fidelidad encomiable hasta el final. De niño entró en el seminario de Ciudad Real para ingresar después, a los 18 años, en este monasterio de Santa María de Huerta, durante el boom vocacional de los años cincuenta, cuando la comunidad se estaba estabilizando tras las graves secuelas de la guerra civil y los monjes mártires de nuestra casa fundadora en Santander.

Siempre atraído por los libros y los estudios, supo aportar su saber en beneficio de los demás. Fue profesor en la escuela del monasterio, por lo que es fácil que algún alumno suyo esté aquí presente. También fue profesor de monjes en el monasterio y en el plan de formación que tenemos entre los monasterios de España. Autor de libros y artículos, traductor de escritores antiguos en la Biblioteca Cisterciense y en otros lugares.

Pero sobre todo yo destacaría en él su gran disponibilidad. Para mí fue alguien en quien me podía apoyar como abad sabiendo que resistiría y que haría lo posible por aceptar aquello que se le propusiera. De ahí los muchos cargos que desempeñó en su vida monástica: portero, tendero, hospedero, bibliotecario-archivero, profesor, ecónomo, prior, capellán de monjas, superior en nuestro monasterio de Monte Sion. Gran amante de la liturgia estuvo mucho tiempo al frente de ella en la comunidad.

Cuando he recibido el eco de las comunidades al anuncio de su muerte, estas son algunas de las cosas que me han dicho de él: agradecemos la vida y entrega del P. Agustín; todos nosotros guardamos un grato recuerdo de él y de modo especial quienes lo tuvimos como profesor; siempre alegre y sabiendo afrontar las circunstancias de la vida; ha sido un monje muy querido por nosotras; ha sido nuestro formador y le agradecemos mucho su cercanía de padre bondadoso; lo recordamos como una persona buena y entrañable; me entusiasmaba cómo hablaba de la Gracia de Dios; lo recuerdo siempre como muy cercano.

Sin duda que nuestro hermano Agustín se mostraba cercano, sabía escuchar, disfrutaba con la gente y era bastante querido. También tenía sus originalidades que desconcertaban a algunos o esa cabezonería segura de sí mismo, pero que no era más que algo propio de una mente despierta, inteligente y poco conformista. Siempre se sintió monje de Huerta, pero los muchos años que tuvo que estar en Toledo, en Vico y en Roma le permitían vivir una pertenencia sin apegos. De hecho, falleció en nuestro monasterio de Toledo.

Esta vida en peregrinaje le ayudó sin duda a vivirse en camino. Le gustaba tener una visión cósmica de la vida, prefiriendo ser águila que vuela a gallina que aletea en el corral. Quizás por eso le gustaba tanto el pasaje de San Pablo en su carta a los Efesios, cuando nos habla del plan divino de la salvación para toda la humanidad: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones..., que nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo, para que seamos santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de*

*antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo..., para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado (Ef 1, 3ss).*

El P. Agustín sentía muy dentro el saberse elegido por pura gracia, el saberse perdonado por pura gracia, el haber recibido el conocimiento de Dios por pura gracia. La fe en Cristo Jesús era el faro de su vida, el saberse amado por su gracia era su paz. Ahora sabemos que ya podrá gozar de Aquél que amó y por quien se había sentido amado primero.

Toda despedida es complicada, pero hemos podido ver cómo Agustín se fue dejando despojar con mucha paz durante estos últimos años. Eso es lo importante. Todos seremos despojados, pero es muy diferente cómo lo vive cada uno. El ver que las fuerzas se le iban marchando, que ya no podía ser tan autónomo, que tenía que depender de la voluntad de los demás, que tenía que dejar la lectura y la escritura que tanto le gustaban, que la movilidad la iba perdiendo y el cuerpo se iba consumiendo lenta e inexorablemente, le probó la paciencia y le consolidó la paz interior teniendo que hacer el camino solo por muy rodeado que estuviera de gente. Así me lo expresó una monja que le conocía bien: “gracias a él aprendí que en los últimos días uno siempre está solo para atravesar el misterio de la pobreza de la vejez”.

Ahora todos deseamos que nuestro P. Agustín esté gozando de esa paz que no tiene límites viviendo en el seno de Dios Padre. Aprendamos de aquellos que nos preceden para afrontar todos ese paso ineludible con el gozo de la fe.